

su eleccion, era casi árbitro de hacer que perdiera ó ganara la torta segun queria, y esto tenia mas de un fin. No obstante, como mi ánimo era que conociese la diferencia, procuraba hacérsela notar; pero, aunque indolente cuando estaba en sosiego, era tan arrebatado en sus juegos, y tanto se fiaba, que me costó un trabajo indecible el hacer que conociera que no jugaba limpio. Conseguilo al fin á pesar de su atolondramiento, y me dió las quejas. Dijele yo: «¿Qué quejas son esas? En un regalo que quiero hacer, ¿no soy árbitro de las condiciones? ¿Quién te manda que corras? ¿Te he prometido señalar distancias iguales? ¿No puedes escoger? Escoge la mas corta, que nadie te lo estorba. Pues, ¿cómo no echas de ver que tú eres el privilegiado, y que esa desigualdad de que te quejas es toda en beneficio tuyo, si sabes sacar partido de ella?» Esto era claro; lo entendió, y para escoger fué preciso examinar de mas cerca. Primero, quiso contar los pasos; empero la medida de los pasos de un niño es defectuosa y lenta; y además empecé yo á multiplicar las carreras en un mismo día; y convertida entonces la aficion en una especie de pasion, sentia perder en medir las lizas el tiempo que podia emplearse en correrlas. Mal se adapta la viveza de la infancia con estas dilaciones: ejercitóse por tanto á ver mejor, á valuar la distancia. Poco me costó entonces mantener esta aficion y darle pábulo. Finalmente, con pocos meses de pruebas y errores enmendados, de tal modo se formó el compás visual, que cuando le figuraba yo una torta fija en un objeto distante, tenia casi tan infalible la ojeada como la cadena de un agrimensor.

Como entre todos los sentidos la vista es aquel cuyos juicios menos pueden separarse del alma, para aprender á ver es necesario comparar mucho tiempo la vista con el tacto, á fin de acostumbrar al primero de estos dos sentidos á que nos dé cuenta fiel de las formas y de las distancias: sin el tacto y sin el movimiento progresivo, los ojos mas linceos del mundo no pudieran darnos idea alguna de la extension. Para una ostra el universo entero no debe ser mas que un punto; y ninguna otra cosa le pareceria aunque la animase un es-

piritu humano. Solo á puro andar, palpar, numerar y medir las dimensiones, aprendemos á valuarlas; empero, si midiésemos siempre, descansando el sentido en el instrumento, nunca se afinaria. Tampoco es necesario que pase un niño repentinamente desde la medida á la valuacion; primero es menester que comparando por partes lo que en junto no puede comparar, á alicuotas exactas sustituya alicuotas por valuacion, y que en vez de aplicar la medida con la mano, se acostumbre á aplicarla con la vista sola. No obstante quisiera yo que verificara sus primeras operaciones con medidas reales, para que enmendase sus errores, ó si en el sentido le quedase alguna falsa apariencia, que aprendiese á rectificarla con un juicio mas acertado. Hay medidas naturales que son casi las mismas en todas partes; los pasos de un hombre, el alcance de sus brazos, su estatura. Cuando valúa el niño lo alto de un piso, puede servirle de metro su ayo; si estima la altura de una torre, compárela con las casas; si quiere saber las leguas de distancia cuente las horas de camino, y sobre todo, no hagamos nada de esto por él, hágalo él mismo.

No es posible aprender á juzgar bien acerca de la estension y tamaño de los cuerpos, sin aprender tambien á conocer sus figuras, y aun á imitarlas, porque en verdad esta imitacion pende absolutamente de las leyes de la perspectiva; y no es posible valuar la estension por sus apariencias, sin formarse alguna nocion de estas leyes. Los niños, grandes imitadores, todos prueban á dibujar: yo quisiera que el mio cultivara este arte, no precisamente por el arte en sí, sino para ajustar la vista y hacer flexible la mano; que en general poquisimo importa que sepa este ó el otro ejercicio, con tal que adquiriera la perspicacia del sentido, y el buen hábito del cuerpo que se logra con ese ejercicio. Muy bien guardaré de tomarle un maestro de dibujo, que solo imitaciones le dé á imitar, y solo dibujos le haga dibujar: quiero que no tenga otro maestro que la naturaleza, ni otro modelo que objetos: que tenga presente el original mismo, no el papel que le representa; que copie una casa de una casa, un árbol de un árbol, un hombre de un hombre, para que así se acostumbre á

observar bien los cuerpos y sus apariencias, no á creer que mentiras é imitaciones convencionales son imitaciones verdaderas. Aun le disuadiré de que bosqueje nada de memoria sin tener delante los objetos, hasta que á fuerza de observaciones se imprima bien en su imaginacion la forma exacta de ellos; no sea que pierda el conocimiento de las proporciones, y la afición á las bellezas naturales, sustituyendo á la verdad de las cosas figuras extravagantes y ridículas.

Bien sé que de este modo hará muchos monigotes, antes de hacer nada que represente algo; que tardará mucho en adquirir la elegancia de los contornos, y el rasguear ligero de los dibujantes, y que acaso nunca discernirá los efectos pintorescos y el gusto acendrado del dibujo; pero en cambio contraerá ciertamente ojeada mas justa, mano mas firme, conocimiento de las verdaderas relaciones de tamaño y figura que median entre los animales, las plantas y los cuerpos naturales, y experiencia mas pronta de la perspectiva. Esto es lo que yo deseo conseguir, siendo mi ánimo menos que sepa imitar que conocer los objetos; quiero que me haga ver una hoja de acanto, y que dibuje bien el follaje de un chapitel.

En cuanto á lo demás, tanto en este como en los otros ejercicios, no pretendo yo que se divierta mi alumno solo; para que le sea mas grato, entraré sin cesar á la parte con él. No quiero que tenga otro émulo que yo, pero lo seré sin riesgo; esto hará interesantes nuestras tareas, sin excitar celos entre los dos. Tomaré el lápiz á ejemplo suyo, y me serviré de él al principio con la misma mala maña. Aunque fuese un Apeles, me haré un pintamonas. Empezaré dibujando un hombre como los que dibujan los muchachos en la pared; una barra cada brazo, otra cada pierna, y los dedos mas gruesos que los brazos. Mucho tiempo despues vendremos á notar el uno ó el otro esta desproporcion; observaremos que la pierna tiene espesor, pero no el mismo en toda ella; que el brazo tiene longitud determinada con relacion al cuerpo, etc. En estos adelantos, iré, cuando mas, al igual suyo, ó me adelantaré á él tan poco, que siempre le será fácil alcanzarme, y muchas veces de-

jarne atrás. Buscaremos colores y pinceles; procuraremos imitar el colorido de los objetos, su apariencia, y su figura; iluminaremos, pintaremos, embadurnaremos; pero en todos nuestros chafarrinones nunca cesaremos de estar al acecho de la naturaleza, ni haremos nada que no sea á presencia del maestro.

No teníamos adornos para nuestro aposento; ya los hemos encontrado. Coloco marcos en nuestros dibujos, con cristales para que nadie los toque, y viendo que permanecen en el estado en que los hemos puesto, que tenga cada uno interés en no descuidar los suyos. Los coloco por órden en torno del cuarto; cada dibujo repetido veinte y treinta veces, y manifestando á cada ejemplar el adelantamiento del autor, desde el punto en que la casa no es mas que un cuadro casi uniforme, hasta aquel en que están representados con la verdad mas exacta su fachada, su perfil, sus proporciones y sus sombras. Estas gradaciones no pueden menos de ofrecernos cuadros interesantes para nosotros, curiosos para los demás, y de excitar continuamente nuestra emulacion. A los primeros, á los mas toscos de estos dibujos, les pongo marcos muy brillantes y dorados que les den realce; pero cuando es ya mas exacta la imitacion, y realmente bueno el dibujo, no le pongo mas que un marco negro muy sencillo, pues no necesita mas adorno que el propio, y fuera lástima que el ribete se llevara la atencion que merece el objeto. De suerte que cada uno de nosotros anhela merecer la honra del marco sencillo; y cuando quiera el uno despreciar el dibujo del otro, le condenará al marco dorado. Algun dia se harán acaso proverbiales entre nosotros estos marcos dorados, y nos asombraremos de que haya tantos que se hagan justicia haciéndoselos poner.

He dicho que la geometria no estaba al alcance de los niños; pero es por culpa nuestra. No conocemos que nuestro método no es el suyo, y que lo que para nosotros es el arte de discurrir, para ellos es el de ver. En vez de darles nuestro método, mejor haríamos en tomar el suyo, porque nuestro modo de aprender la geometria tanto es asunto de imaginacion como de raciocinio. Cuando está enunciada la proposicion, es necesario

imaginar la demostración, esto es, hallar de qué proposición ya sabida debe ser consecuencia, y entre todas las que pueden sacarse de la misma proposición, escoger precisamente aquella de que se trata.

De este modo, el racionador más exacto, como no sea inventivo, se quedará atascado. ¿Pero qué sucede? Que en vez de hacer que hallemos las demostraciones, nos las dictan; que en vez de enseñarnos á racionar, raciona el maestro por nosotros, y solo ejercita nuestra memoria.

Haced figuras exactas, combinadlas, ponedlas una encima de otra, ejercitad sus relaciones; hallareis toda la geometría elemental, yendo de observación en observación, sin que se trate de definiciones, ni de problemas, ni de ninguna otra forma demostrativa como no sea la mera superstición. Yo, por mí, no pretendo enseñar la geometría á Emilio; él ha de ser quien á mí me la enseñe, yo indagaré las relaciones, y él las hallará, porque las indagaré de modo que se las haga hallar. Por ejemplo, en vez de servirme de un compás para trazar un círculo, le trazaré con una punta al cabo de un hilo que gire sobre un eje. Luego, cuando quiera yo comparar unos radios con otros, Emilio se burlará de mí, y me hará ver que tendido siempre un mismo hilo, no puede haber trazado distancias desiguales.

Si quiero medir un ángulo de sesenta grados, desde el vértice de este ángulo describo, no un arco, sino un círculo entero, porque con los niños no se ha de suplir nada. Encuentro que la porción del círculo comprendida entre los dos lados del ángulo es la sexta parte del círculo. Luego desde el mismo vértice describo otro círculo mayor, y hallo que también este segundo arco es la sexta parte de su círculo. Describo un tercer círculo concéntrico con el cual repito la misma prueba, y la continúo con nuevos círculos, hasta que asombrado Emilio de mi estupidez me advierta que cada arco, grande ó pequeño, comprendido en el mismo ángulo, ha de ser siempre la sexta parte de su círculo, etc. Muy presto llegaremos al uso del semicírculo graduado.

Para probar que los ángulos formados por oblicuas son iguales á dos rectos, describen un círculo; yo, por

el contrario, haré de manera que Emilio note primero esto en el círculo, y le digo luego: ¿Si quitásemos el círculo y dejásemos las líneas rectas, mudarían de tamaño los ángulos?

Descuidan la exactitud de las figuras, las suponen y se aplican á la demostración. Entre nosotros, por el contrario, nunca se tratará de demostración; nuestro más importante asunto será tirar líneas muy derechas, muy justas, muy iguales, hacer un cuadrado muy perfecto, trazar un círculo muy redondo. Para comprobar la exactitud de la figura, la examinaremos por todas sus propiedades sensibles, y esto nos dará motivo á descubrir cada día otras nuevas. Doblaremos por el diámetro los dos semicírculos, y por la diagonal las dos mitades del cuadrado; compararemos nuestras dos figuras, para ver aquella cuyas orillas se adaptan con más puntualidad, y por consiguiente está mejor hecha; discutiremos si debe existir siempre esta igualdad de partición en los paralelogramos, los trapecios, etc. Alguna vez probaremos á adivinar el resultado de la experiencia antes de hacerla, procuraremos encontrar razones, etc.

La geometría no es más para mi alumno que el arte de usar bien la regla y el compás, y no la ha de confundir con el dibujo, en el que nunca empleará ninguno de estos dos instrumentos. Se encerrarán bajo llave la regla y el compás; permitiré que los use rara vez y por poco tiempo, para que no se acostumbre á embaldurnar papel; pero podremos alguna vez llevar nuestras figuras al paseo, y tratar de lo que hayamos hecho ó queramos hacer.

Nunca olvidaré que vi en Turin un mozo á quien siendo niño habían enseñado las relaciones de los contornos y las superficies, dándole cada día á escoger hostias isoperímetras de todas las figuras geométricas. El golosuelo había apurado el arte de Arquímedes por hallar la que más tenía que comer.

Cuando un niño juega al volante se ejercita en ajustar el ojo y el brazo; cuando pega con la correa á una peonza, aumenta su fuerza sirviéndose de ella, pero nada aprende. Algunas veces he preguntado por qué

no ejercitaban á los niños en los mismos juegos de maña que á los hombres, en la pala, el mallo, el billar, el arco, la pelota de viento, los instrumentos de música; y me han respondido que de estos juegos unos excedian sus fuerzas, y para los demás no estaban bastante formados sus miembros y órganos. Hallo infundadas estas razones: aunque no tenga un niño la estatura de un hombre, no deja de vestir un traje de la misma hechura. No quiero decir que juegue con nuestras mismas bolas en un billar de tres pies de alto, que vaya á hacer partidas á los juegos de pelota, ni que pongan en su mano delicada una fuerte pala, sino que juegue en una sala cuyas vidrieras se resguarden con alambres; que al principio se sirva de pelotas blandas; que sus primeras palas sean de madera, luego de pergamino y al fin de cuerda de vihuela, mas tirantes á proporcion de sus adelantamientos. Preferis el volante porque cansa menos y no tiene peligro: haceis mal por dos motivos. El volante es juego de mujeres; pero todas huyen de una pelota en movimiento, que su blanco cútis no debe acostumbrarse á cardenales, ni son contusiones las que han de estamparse en su rostro. ¿Pero nosotros, destinados á ser vigorosos, creemos llegar á serlo sin trabajo? ¿De qué defensa seremos capaces, si nunca somos acometidos? Siempre se juegan con descuido los juegos en que sin riesgos puede uno ser desmañado; pero nada desentumece tanto los brazos como tener que cubrir la cabeza, ni aguza tanto la vista como tener que guardar los ojos. Lanzarse de un extremo de la sala á otro, juzgar del bote de una pelota todavía en el aire, volverla con mano firme y vigorosa; estos juegos que tan bien sientan al hombre, todavía sirven mas para formarle.

Dicen que son muy blandas las fibras del niño. Tienen menos empuje, pero son mas flexibles; su brazo es débil, pero al fin es un brazo; y guardando la proporcion, debe hacerse con él todo lo que se hace con otra semejante máquina. No tienen los niños en las manos costumbre alguna, por eso deseo yo que la adquieran: un hombre que no tuviera mas ejercicio que ellos, tampoco la tendría; hasta despues de habernos servido de nuestros órganos no podemos conocer su uso. Solo con

una dilatada experiencia aprendemos á sacar ventaja de nosotros mismos, y esta experiencia es el verdadero estudio á que no podemos aplicarnos demasiado pronto.

Todo cuanto se hace se puede hacer, pues no hay cosa mas comun que ver niños listos y mañosos, cuyos miembros son tan ágiles como puedan ser los de un hombre. En casi todas las ferias los vemos que ejecutan equilibrios, que andan sobre las manos, que saltan y bailan en la maroma. ¡Por espacio de cuántos años han atraido concurrencia á la comedia italiana las compañías de niños! ¿Quién no ha oido hablar en Italia y Alemania de la compañía pantomímica del célebre Nicolini? ¿Ha notado nadie alguna vez en estos niños movimientos menos desenvueltos, posturas menos graciosas, oido menos fino, baile menos ligero que en los bailarines consumados? Aunque tengan abultados, cortos y poco movibles los dedos, ¿quita eso que sepan escribir y dibujar muchos niños de una edad en que apenas saben otros coger el lapiz ni la pluma? Todavía recuerdan en París á una inglesita que de diez años ejecutaba cosas portentosas en el clave (1). Yo he visto á un hijo de un magistrado, niño de ocho años, que se ponía encima de la mesa á los postres, como una figura de ramillete, y que tocaba un violin de tamaño proporcionado al suyo, y asombraba con su ejecucion á los mismos artistas.

Todos estos ejemplos y otros mil, prueban que la falta de aptitud supuesta en los niños para nuestros ejercicios es imaginaria, y si vemos que algunos no los desempeñan, consiste en que nunca se han ejercitado en ellos.

Diránme acaso que incurro yo aquí, con relacion al cuerpo, en el defecto del cultivo prematuro que condena en los niños con relacion al entendimiento. Es mucha la diferencia; porque uno de estos progresos es aparente, y el otro es real. He probado que el entendimiento que al parecer tienen no le tienen, en vez de que todo cuanto parece que hacen lo hacen. Debemos por otra parte reflexionar en que todo esto no es ó no debe ser

(1) Un niño de siete años ha ejecutado despues cosas mas portentosas todavía.

mas que juego, direccion fácil y voluntaria de los movimientos que les pide la naturaleza; arte de variar sus pasatiempos para que les sean mas gratos, sin que nunca los convierta en faena la violencia. Porque, al fin, ¿en qué se han de divertir, que no pueda yo convertirlo en materia de instruccion? Y aun cuando no pudiese, con tal que se diviertan sin inconveniente y se pase el tiempo, no importan por ahora los adelantamientos en nada; en vez de que cuando es necesario aprender precisamente una cosa, hágase lo que se haga, nunca es posible conseguirlo sin violencia, sin enfado y sin aburrirse.

Lo que he dicho acerca de los sentidos cuyo uso es mas continuo é importante, puede servir de ejemplo para el modo de ejercitar los otros. Lo mismo se aplican la vista y el tacto á los cuerpos quietos que á los que se mueven; pero como solo la ondulacion del aire puede mover el sentido del oido, los cuerpos en movimiento son los únicos que hacen ruido ó suenan; y si todo estuviese quieto nunca oiríamos nada. Así de noche, en que al no querer no nos movemos, no debemos temer otros cuerpos que los que se mueven, y nos importa estar con el oido alerta, para poder juzgar por la sensacion que este nos trasmite, si el cuerpo que la causa es grande ó chico, si está cerca ó lejos y si es débil ó fuerte su pulsacion. El aire pulsado está sujeto á repercusiones que le reflejan, que repiten la sensacion formando ecos, y que hacen que se oiga el cuerpo ruidoso ó sonoro en otro sitio que donde se halla. Si aplicamos el oido al suelo en un llano ó en un valle, oimos las voces de los hombres ó las pisadas de los caballos desde mucho mas lejos que cuando estamos en pie.

Del mismo modo que hemos comparado la vista con el tacto, será bueno compararla con el oido, y saber cuál de las dos impresiones, saliendo á la par del mismo cuerpo, llegará antes á su órgano. Cuando vé uno el fuego de un cañon, todavía se puede resguardar del tiro; pero así que oye el ruido, ya no es tiempo; está encima la bala. Podemos juzgar de la distancia á que se halla una tormenta, por el intervalo que media entre el relámpago y el trueno. Haced de modo que el niño conozca todas estas experiencias, que haga las que es-

tén á su alcance, y que las otras las encuentre por induccion; pero cien veces mas quiero que no las sepa, que sea necesario que se las digais.

Tenemos un órgano que corresponde al oido, el de la voz; pero no tenemos ninguno que corresponda á la vista, ni repetimos los colores como los sonidos. Nuevo medio de cultivar aquel sentido, ejercitando el órgano activo y el pasivo uno por otro.

Tres especies de voz tiene el hombre, que son la voz hablada ó articulada, la voz cantada ó melódica, y la voz patética ó acentuada, que es el idioma de las pasiones, y que anima el canto y la palabra. Estas tres especies de voz las tiene el niño como el hombre, pero no las sabe amalgamar entre sí, se rie como nosotros, grita, se queja, clama, gime, pero no sabe mezclar estas inflexiones con las otras dos voces. La música perfecta es la que mejor reúne las tres voces. Los niños son incapaces de esta música y su canto nunca tiene alma. Del mismo modo, en la voz hablada su idioma no tiene acento; gritan, mas no acentúan; y así como en sus razonamientos hay poca energia, hay poco acento en su voz. Nuestro alumno tendrá el habla todavía mas llana y mas sencilla, porque no habiéndose despertado aun sus pasiones, el idioma de estas no se unirá con el suyo. No le vayais á dar papeles de comedia ó tragedia para que los represente, ni á enseñarles, como dicen, á declamar, que tendrá sobrado sentido, para que sepa dar tono á cosas que no puede entender, y expresion á afectos que nunca experimentó.

Enseñadle á que hable lisa y llanamente, con claridad, á que pronuncie con tersura y sin afectacion, á que conozca y siga el acento gramatical y la prosodia, á que siempre alce la voz lo suficiente para que le oigan, pero no mas recio, que es el defecto ordinario de los niños educados en colegios: en ningun caso debe haber nada supérfluo.

Del mismo modo, en el canto haced justa, igual, flexible y sonora su voz, y sensible á la medida y á la armonía su oido; nada mas. La música imitativa y teatral no es para su edad; no quisiera que cantase ni aun palabras; y si las quisiera cantar, procuraria componer

yo canciones *ex professo* para él; que fuesen interesantes para su edad, y tan sencillas como sus ideas.

Bien es de creer que dándome tan poca prisa á que aprenda á leer lo escrito, menos me la daré á enseñarle á leer la música. Desviemos de su cerebro toda atención sobrado penosa, y no nos aceleremos á fijar su entendimiento en signos de convencion. Confieso que esto presenta alguna dificultad aparente; porque aunque á primera vista parezca que no es mas necesario el conocer las notas para saber cantar, que el conocer las letras para saber hablar, hay, sin embargo, la diferencia de que cuando hablamos enunciamos nuestras propias ideas, y cuando cantamos no enunciamos sino las ajenas; y para enunciarlas, preciso es que sepamos leerlas. Pero lo primero, en lugar de leerlas puede oír-las, que un canto se expresa con mas precision todavia al oído que á los ojos. Además de que para saber bien la música, no basta repetirla, es preciso componerla; lo uno se debe aprender con lo otro, sin lo cual nunca se sabe bien. Ejercitad á vuestro músico chico en que haga primero frases muy regulares y muy cadentes, en que luego las ligue entre sí con una modulacion muy sencilla, finalmente, en que note sus distintas relaciones con una puntuacion correcta; lo cual se hace con una buena eleccion de cadencias y pausas. Sobre todo, nunca un canto extravagante, patético, ni expresivo; siempre melodia cantable y sencilla, que derive de las cuerdas esenciales del tono, y que de tal manera marque el bajo, que le sienta y le acompañe el niño sin dificultad; porque para formarse el oído y la voz, no se debe cantar mas que al piano.

Para señalar mejor los sonidos, los articulamos cuando pronunciamos; de aquí ha venido el uso de solfear con ciertas sílabas. Para distinguir los grados, es preciso dar nombres á estos grados y á sus varios términos fijos; de donde los nombres de los intervalos, y tambien las letras del alfabeto con que señalan las teclas del piano y las notas de la escala *C* y *A*, designan sonidos fijos, invariables, que siempre los dan las mismas teclas. Otra cosa son *do* y *la*: *do* constantemente es la tónica de un modo mayor ó la mediente de un modo

menor; *la* constantemente es la tónica de un modo menor, ó la sexta nota de un modo mayor. Así las letras señalan los términos inmutables de las relaciones de nuestro sistema musical, y las sílabas señalan los términos homólogos de las relaciones semejantes en diversos tonos: las letras indican las teclas del clave, y las sílabas los grados del modo. Los músicos franceses han embrollado de extraña manera estas distinciones, confundiendo el sentido de las sílabas con el de las letras; y doblando inútilmente los signos de las teclas, sin haber dejado ninguno para expresar las cuerdas de los tonos, de suerte que para ellos *do* y *C* son siempre una misma cosa: y no es tal ni debe ser, porque entonces ¿para qué sirve *C*? Por eso, su modo de solfear es excesivamente difícil, sin ser provechoso para nada, y sin dar ninguna idea clara al entendimiento; pues por este método, las dos sílabas *do* y *mi*, por ejemplo, pueden igualmente significar una tercera mayor, menor, supérflua ó diminuta. ¿Por qué fatalidad rara sucede que el país en que se escriben mas hermosos libros sobre la música, sea donde con mas trabajo se aprende?

Sigamos con nuestro alumno práctica mas sencilla y clara; no haya para él mas de dos modos, cuyas relaciones siempre sean las mismas, y siempre con las mismas sílabas indicadas. Ya sea que cante ó toque un instrumento, sepa establecer su modo en cada uno de los doce tonos que pueden servirle de base; y ora module en *C*, en *D*, en *G*, etc., sea siempre la final *do* ó *la*, según el modo. De esta manera siempre os entenderá; las relaciones esenciales de la manera de ajustarse cuando cante ó toque, las tendrá siempre presentes, será mas limpia su ejecucion y mas rápidos sus progresos. No hay cosa mas extravagante que lo que llaman los franceses solfeo natural, que es desviar las ideas propias de la cosa, para sustituir otras ajenas que no hacen mas que descarriar. Lo mas natural es solfear por trasposicion, cuando está el modo trasportado. Pero sobra de música; enseñadla como queráis, con tal que nunca sea mas que un pasatiempo.

Ya estamos advertidos del estado de los cuerpos extraños con relacion al nuestro, de su peso, figura, soli-

dez, tamaño, distancia, temple, quietud y movimiento. Estamos instruidos en cuáles son los que nos conviene acercar ó desviar; en lo que hemos de hacer para vencer su resistencia ú oponerles una que nos preserve de que nos hagan mal; pero no basta con esto: nuestro cuerpo se extenúa sin cesar, y sin cesar necesita renovarse. Aunque tengamos la facultad de convertir cuerpos en nuestra propia sustancia, no es indiferente la elección, que no todo es alimento para el hombre; y entre la sustancias que pueden serlo, unas le convienen mas y otras menos, segun la constitucion de su especie, el clima en que vive, su particular temperamento, y el régimen de vida que le prescribe su estado.

Nos moriríamos de hambre ó envenenados, si para escoger los alimentos que nos convienen, hubiéramos de esperar que nos hubiese enseñado la experiencia á conocerlos y elegirlos; pero la suma bondad, que del deleite de los séres sensibles hizo el instrumento de su conservacion, nos advierte de lo que á nuestro estómago conviene, por lo que agrada á nuestro paladar. Naturalmente no hay para el hombre médico mas seguro que su propio apetito; y observándole en su primitivo estado, no dudo que los alimentos que mas gratos le parecian entonces fuesen tambien los mas sanos.

Hay mas. No solo proveyó el autor de las cosas á las necesidades que nos dió, sino tambien á las que nosotros mismos nos buscamos; y para que siempre vayan juntos el deseo y la necesidad, hace que nuestros gustos cambien y se alteren con nuestro modo de vivir. Quanto mas nos apartamos del estado de la naturaleza, mas perdemos nuestros gustos naturales, ó mejor dicho, el hábito nos forma una segunda naturaleza, con que sustituimos completamente á la primera,

De aquí se sigue que los gustos mas naturales deben ser tambien los mas sencillos, porque son los que con mas facilidad se trasforman; en vez de que irritándolos y complicándolos nuestros caprichos, toman una forma que no varía. El hombre que no es todavía de país ninguno, se acostumbrará sin dificultad á los estilos de cualquiera país que fuere; pero el hombre de un país no se vuelve nunca de otro.

Esto me parece cierto en todos sentidos, y todavía mas aplicándolo al sentido del gusto. La leche es nuestro primer alimento; solo por grados nos acostumbramos á los sabores fuertes; al principio nos repugnan. Frutas, legumbres, yerbas, y en fin, algunas carnes asadas sin condimento y sin sal, componian los banquetes de los primeros hombres (1); la primera vez que un salvaje bebe vino, hace una mueca y le escupe; y aun entre nosotros el que ha vivido hasta los veinte años sin gustar licores fermentados, no puede despues acostumbrarse á ellos; todos seríamos abstemios, si no nos hubieran dado vino en nuestro años primeros. En fin, son nuestros gustos mas universales quanto mas sencillos; lo que suele repugnar son los manjares compuestos. ¿Hemos visto á nadie tener asco del agua y del pan? Esta es la regla de la naturaleza, y tambien será la nuestra. Conservemos al niño su primitivo gusto lo mas posible; sea sencillo y comun su alimento, no se familiarice su paladar sino con sabores poco pronunciados, y no se forme un gusto exclusivo.

Aquí no examino si este modo de vivir es mas ó menos sano, porque no le considero bajo este aspecto. Me basta, para preferirle, saber que es el mas conforme á la naturaleza, y el que con mas facilidad puede acomodarse á cualquiera otro. Los que dicen que es preciso acostumbrar á los niños al alimento que han de usar cuando hombres, me parece que discurren mal. ¿Por qué ha de ser el mismo su alimento, cuando su método de vida es tan distinto? Un hombre estenuado del trabajo, los cuidados y las penas, necesita alimentos succulentos que le repongan; un niño que viene de jugar, y cuyo cuerpo está creciendo, necesita de un alimento abundante que le suministre mucho quilo. Por otra parte, el hombre hecho tiene ya estado, empleo y domicilio: ¿pero quién puede estar cierto de lo que guarda la fortuna al niño? En nada le hemos de dar forma tan determinada, que le cueste mucho mudarla cuando fuere preciso. No hagamos que se muera de hambre en

(1) Véase *La Arcadia* de Pausanias, y el trozo de Plutarco que mas adelante se cita.

otro país, si no lleva detrás á un cocinero francés, ni que diga un día que solo en Francia saben comer. ¡Donoso elogio! entre paréntesis. Yo diria lo contrario de los franceses, pues tanto arte necesitan para que puedan comer de un plato.

Entre nuestras varias sensaciones, las del gusto son las que generalmente nos hacen mas impresion; por esto tenemos mas interés en juzgar con acierto de las sustancias que han de hacer parte de la nuestra, que de las que no hacen mas que acercarse á ella. Mil cosas hay indiferentes para el tacto, para el oido y para la vista; pero casi nada es indiferente para el gusto. Además, la actividad de este sentido toda es física y material: es el único que nada dice á la imaginacion, ó por lo menos aquel en cuyas sensaciones tiene menos parte, al paso que la imaginacion y la imitacion mezclan con frecuencia lo moral con la impresion de los demás. Por eso en general á los pechos tiernos y voluptuosos, á los caracteres afectuosos y verdaderamente sensibles, los agitan con facilidad los otros sentidos, y este no los conmueve. Pero de eso mismo que parece sea inferior el gusto á los demás, y mas despreciable la inclinacion que á él nos entrega, saco yo la conclusion, de que el medio que mas conviene para gobernar á los niños es conducirlos por la boca. El móvil de la gula es preferible al de la vanidad; porque la primera es un apetito de la naturaleza, que pende inmediatamente del sentido; y la segunda, es obra de la opinion, sujeta al capricho de los hombres, y á todo género de abusos. La gula es la pasion de la infancia; pero no resiste á ninguna otra; á la menor rivalidad desaparece. ¡Ah! creedme; demasiado pronto cesará el niño de pensar en lo que coma, y si está empleado su corazon, no le ocupará mucho su paladar. Cuando sea hombre, mil impetuosos afectos disiparán la gula y no harán mas que inflamar la vanidad; porque sola esta pasion se aprovecha de todas las demás, y al fin acaba con ellas. Algunas veces he examinado las personas que hacian mucho caso de los buenos bocados, que así que despertaban pensaban en lo que habian de comer aquel dia, y describian con mas puntualidad un banquete, que Polybio una

batalla; y he visto que todos esos pretendidos hombres eran niños de cuarenta años sin vigor ni consistencia, *fruges consumere nati, nacidos para comer los frutos*. La gula es el vicio de los corazones que no tienen sustancia. Toda el alma de un goloso está en su paladar; solo fué nacido para comer; en su estúpida incapacidad, solo en la mesa está á gusto y solo de los platos sabe juzgar; dejémosle este cargo sin envidiársele, que vale mas que otro para nosotros y para él.

Temer que se arraigue la gula en un niño capaz de algo, es precaucion de un corto entendimiento. La infancia solo piensa en lo que come; la adolescencia no se ocupa de eso, todo es bueno, y tiene otras atenciones. No querria, sin embargo, que hiciéramos imprudente uso de tan mezquino resorte, y que á la honra de hacer una buena accion le diéramos por premio un buen plato. Pero una vez que en la infancia todo debe ser juegos y alegres pasatiempos, no veo por qué motivo á ejercicios meramente corporales no se les haya de dar premio material y sensible. Si un niño mallorquin viendo una cesta colgada de un árbol, la derriba con la honda, ¿no es justo que se aproveche de ella, y que repare con un buen almuerzo la fuerza que ha gastado en ganarle? (1). Si un niño espartano, arrojando el riesgo de cien azotes, se mete con maña en una cocina, roba una vulpeja viva, se la lleva envuelta en la ropa, y arañado, mordido, desgarrado por no sufrir la afrenta de que le cojan, se deja despedazar las entrañas sin arquear las cejas, sin dar un ay, ¿no es justo que al fin se aproveche de su presa, y que se la coma despues que ella le ha comido? Nunca debe ser recompensa una buena comida: ¿pero por qué no ha de serlo alguna vez del afan que por ganarla se ha tomado? No mira Emilio la torta que he puesto encima de la piedra como premio de haber corrido bien, pero sabe, que el único medio de alcanzarla es llegar á ella antes que ningunó.

Esto no contradice las máximas que dejo sentadas sobre la sencillez de los manjares, porque halagando el

(1) Muchos años hace que han perdido este uso los mallorquines, pero hubo un tiempo en que eran famosos sus tiradores de honda.

apetito de los niños solo se trata de satisfacerle, no de excitar su glotonería; y esto se consigue con las cosas mas ordinarias del mundo, si no se trata de afinarles el gusto. Su continuo apetito excitado por la necesidad de crecer, es condimento seguro que para ellos equivale á otros muchos. Frutas, queso, algun boilo un poco mas delicado que el pan comun, y sobre todo el arte de distribuirlo con sobriedad, basta para llevar ejércitos de niños al fin del mundo, sin inspirarles aficion á los sabores vivos, ni exponerse á empalagarles el gusto.

Una de las pruebas de que no es natural en el hombre la aficion á la carne, es la indiferencia con que miran los niños este manjar, y la preferencia que todos ellos dan á otros alimentos como los lacticinios, la pastelería, la fruta, etc. Importa mucho conservar esta aficion primitiva, y no hacer carniceros á los niños, si no por su salud, por su carácter; porque, expliquen como quieran la experiencia, lo cierto es, que, generalmente hablando, los que mucha carne comen son mas crueles y feroces que los otros hombres: observacion que es de todos tiempos y países. Bien notoria es la inhumanidad inglesa (1). Por el contrario, los gauros son los mas pacíficos de los hombres (2). Todos los salvajes son crueles, y sus costumbres no los incitan á que lo sean: esta crueldad, proviene de sus alimentos: van á la guerra como á la caza, y tratan á los hombres como si fueran osos. Aun en Inglaterra no son oídos como testigos los carniceros, ni los cirujanos (3). Los perversos atroces se endurecen para los homicidios bebiendo sangre. Homero pinta á los cíclopes que comian carne, como hombres horriblos, y á los lotofagos como pueblo tan amable,

(1) Bien sé que alaban mucho los ingleses su humanidad, y la buena indole de su nacion, que llaman *good natural people*; pero, por mas que lo repiten sin cesar, nadie lo dice mas que ellos.

(2) Los banianos que se abstienen de toda carne con mas severidad que los gauros, son casi tan pacíficos como ellos; pero como es menos pura su moral y no tan discreto su culto, no son tan hombres de bien.

(3) Uno de los traductores ingleses de este libro ha notado mi equivocacion, y ambos la han enmendado. Los carniceros y los cirujanos son admitidos á dar testimonio; pero los primeros no lo son á ser jurados ó pares para sentenciar los delitos, y los cirujanos si.

que en cuanto se habia probado su trato, se olvidaba el huésped de su país por vivir con ellos.

«Pregúntaseme, decia Plutarco, por qué se abstenia Pitágoras de comer carne de las alimañas; pero preguntote yo qué ánimo de hombre tuvo el primero que acercó á su boca una carne manida, que con el diente quebrantó los huesos de un bruto espirado, que hizo que le sirvieran plato de cuerpos muertos, de cadáveres, y que tragó en su vientre miembros que un instante atrás mujian, balaban, andaban y veian. ¿Cómo pudo su diestra ahondar un hierro en el corazon de un ser sensible? ¿Cómo pudieron soportar sus ojos una muerte? ¿Cómo pudo ver sangrar, desollar, desmenbrar un pobre animal indefenso? ¿Cómo pudo contemplar el jadear de las carnes? ¿Cómo no le hizo el olor levantar el estómago? ¿Cómo no sintió repugnancia y asco? ¿Cómo no le embargó el horror, cuando vino á manejar la podre de las heridas, y á limpiar la negra y cuajada sangre que las cubria?

»Por tierra arrastran pieles desolladas;  
 »Mujen al fuego carnes espetadas,  
 »Devorólas el hombre estremecido,  
 »Y oyó dentro del vientre su gemido.

«Esto fué lo que de imaginar y de sentir hubo la vez primera que venció la naturaleza para celebrar este horrible banquete, la vez primera que tuvo hambre de una alimaña viva, que quiso comer de un animal que todavía pacía, y que dijo cómo habia de degollar, de despedazar, de cocer la oveja que le lamia las manos. De los que empezaron estos crueles banquetes, no de los que los dejan, hay por qué pasmarse; aunque aquellos primeros pudieran justificar su inhumanidad con disculpas que á la nuestra faltan, y que faltándonos, cien veces mas inhumanos que ellos nos hacen.

»Mortales amados de los dioses, nos dirian aquellos primeros hombres, comparad los tiempos, ved cuán felices sois vosotros, y cuánto nosotros éramos miserables. La tierra recién formada, el aire cargado de vapores, todavía no eran dóciles al orden de las esta-

»ciones; mal segura la corriente de los ríos por todas  
 »partes sus riberas arrasaban; estanques y lagos y  
 »hondos marjales las tres cuartas partes de la superfi-  
 »cie del orbe inundaban, y el otro cuarto le ocupaban  
 »riscos y estériles selvas. No daba de sí la tierra nin-  
 »guna sazónada fruta; no teníamos aperos de labor  
 »ningunos, no sabíamos el arte de servirnos de ellos: y  
 »para quien nada había sembrado, jamás llegaba el  
 »tiempo de la cosecha. Así continuo nos acusaba el  
 »hambre. El invierno, nuestros manjares ordinarios  
 »eran el helecho y las cortezas de los árboles. Algunas  
 »verdes raíces de brezo y de grama eran nuestro re-  
 »galo; y cuando podían hallar los hombres algún fa-  
 »bucó, algunas bellotas ó nueces, bailaban de gozo en  
 »torno de un roble ó de una haya, al son de alguna rús-  
 »tica cantinela, apellidando madre y nodriza suya la  
 »tierra; estas eran sus fiestas, estos sus únicos juegos;  
 »todo lo demás de la vida humana solo era dolor, pen-  
 »salidad y miseria.

»Finalmente, cuando yerma y desnuda la tierra  
 »ninguna cosa nos ofrecía, precisados á agraviar la na-  
 »turaleza por conservarnos, nos comimos á los compa-  
 »ñeros de nuestra miseria mas antes que perecer con  
 »ellos. ¿Empero á vosotros, hombres crueles, quién  
 »os fuerza á derramar sangre? Ved la afluencia de  
 »bienes que os cerca, cuántos frutos os produce la tier-  
 »ra, cuántas riquezas os dan los campos y las viñas, qué  
 »de animales os brindan con su leche para alimentarlos,  
 »y con su vellocino para abrigaros. ¿Qué mas les pedís?  
 »¿Qué furia os incita á cometer tantas muertes, hartos  
 »de bienes y manando en víveres? ¿Por qué mentís  
 »contra nuestra madre, acusándola de que no puede  
 »alimentaros? ¿Por qué pecáis contra Ceres, inventora  
 »de las sacras leyes, y contra el gracioso Baco, conso-  
 »lador de los mortales, como si sus pródigos dones no  
 »bastasen para la conservacion del linaje humano?  
 »¿Cómo teneis ánimo para mezclar en vuestras mesas  
 »huesos con sus suaves frutos, y para comer con la leche  
 »la sangre de los animales que os la dieron? Las pan-  
 »teras y los leones, que llamais vosotros fieras, siguen  
 »por fuerza su instinto, y por vivir matan á los otros

»brutos. Empero vosotros, cien veces mas que ellos  
 »fieros, resistís sin necesidad á vuestro instituto por  
 »abandonaros á vuestras crueles delicias. No son los  
 »animales que coméis los que á los demás se comen; no  
 »los coméis esos animales carniceros, que los imitais:  
 »solo de inocentes y mansos brutos teneis hambre, de  
 »los que no hacen mal á nadie, de los que con vosotros  
 »se amistan, de los que os sirven, y devorais en pago  
 »de sus servicios.

»¡Oh matador contra la naturaleza! Si te empeñas  
 »en sustentar que te crió esta para devorar á tus seme-  
 »jantes, á seres de carne y hueso, que como tú sienten y  
 »viven, ahoga el horror que á tan espantosos banquetes  
 »te inspira; mata tú propio á los animales, digo con tus  
 »manos mismas, sin hierro, sin cuchilla; destrózalos  
 »con tus uñas, como hacen los leones y los osos; muer-  
 »de ese toro, hazle pedazos, ahonda en su piel tus  
 »garras; cómete á ese cordero vivo, devora sus carnes  
 »humeantes, bébete con su alma su sangre. ¡Te estre-  
 »mecés! ¡No te atreves á sentir que entre tus dientes  
 »palpita una carne viva! ¡Hombre compasivo, que em-  
 »piezas matando el animal, y luego te le comes, para  
 »hacer que dos veces muera! No basta con eso; todavía  
 »te repugna la carne muerta, no la pueden llevar tus  
 »entrañas; fuerza es transformarla al fuego, cocerla,  
 »atarla, sazónarla con drogas que la disfracen; necesi-  
 »tás de pasteleros, de cocineros, de hombres que te  
 »quiten el horror de la muerte, y te atavien cuerpos  
 »muertos, para que engañado el sentido del gusto con  
 »estos disfraces no deseche lo que le horroriza, y pala-  
 »dee con deleite cadáveres cuyo aspecto ni aun los ojos  
 »hubieran podido sufrir.»

Aunque este trozo sea ajeno de mi asunto, no he po-  
 dido resistir á la tentacion de copiarle, y creo que pocos  
 lectores lo lleven á mal.

En cuanto á lo demás, sea cual fuere el régimen que  
 adoptareis para los niños, con tal que solo los acostum-  
 breis á manjares comunes y sencillos, dejadlos que co-  
 man, que corran y que jueguen cuanto quieran, y estad  
 ciertos de que nunca comerán de sobra ni estarán ahitos;  
 pero si los teneis hambrientos la mitad del tiempo,